

## Introducción a la serie Anaina

---

Con este volumen se presenta al público interesado una nueva serie de publicaciones de carácter divulgativo sobre Patrimonio Cultural. La verdad es que el carácter de este primer trabajo de la serie, su propio título (“las huellas de la memoria”) y el prefacio que ha firmado David Barreiro para presentarlo, introducen por sí mismos y mejor que ningún otro texto o argumento la ambición y finalidad de esta serie.

Es fácil y rápido decir que es una serie de divulgación. Pero esto es falso. La ambición que la funda va más allá de lo que habitualmente se entiende por divulgación. Es cierto que la serie pretende difundir resultados de proyectos de investigación científica entre el público interesado, sacando a éstos de la circulación restringida a los círculos de expertos y especialistas. Pero ahí se acaba su relación con la forma estándar de entender la divulgación dentro de la práctica científica y dentro de lo que ahora se denomina cada vez más “cultura científica”. La divulgación se suele ver como una tarea de los científicos que está al final de su proceso de trabajo: cuando éste acaba, los investigadores devuelven a la sociedad parte de lo que ésta les da al financiar la investigación pública, en forma de contenidos divulgativos que el público pueda digerir con facilidad. Pero esta forma de entender la divulgación sitúa al público como espectador de una obra que ocurre fuera de él.

Pues bien, en la actualidad no es sostenible para ningún ámbito de la vida social, pero tampoco para la investigación, que el público adopte esta función estática, de consumidor pasivo; no la consentimos en política, no la consentimos cuando hay que tomar una decisión que ponga en riesgo a la gente, no la consentimos en las redes sociales, etc. Por eso, una ciencia que reivindique su dimensión pública, que contribuya y se comprometa a la necesaria re-socialización de las prácticas con el mundo (es decir, a poner a la sociedad delante y como medida y medio de todo lo que se haga), debe reconocer los procesos de co-construcción y co-participación que preñan la

investigación científica. Eso supone introducir al público como un agente activo, como un usuario dinámico, de los proyectos de investigación. Una ambición de este tipo requiere fórmulas específicas de comunicación con el público. Pero requiere sobre todo dispositivos de interrelación con éste.

Una preocupación normal de la ciencia actual debe ser reforzar la capacidad de la ciudadanía ante y frente a los procesos de investigación e innovación. Cómo trabajar con la gente, cómo responder a sus preocupaciones, cómo canalizar sus intereses, cómo hacerla protagonista del proceso de investigación o, incluso, cómo reconocerla como productora de conocimiento e de investigación en su propia vida. Esos son algunos de los retos de una ciencia pública en la transmodernidad.

Pero especialmente estos retos se hacen presentes cuando hablamos de Patrimonio y de investigación sobre Patrimonio. El Patrimonio Cultural es importante para las sociedades como acervo o repositorio de objetos y valores sobre los que se constituyen la memoria, las identidades y el sentido. Por eso el Patrimonio interesa, es reclamado, protegido, manipulado, debatido. A grupos de estos usos, el Patrimonio alcanza una entidad sustantiva en la actualidad que naturaliza y esencializa el Patrimonio y nos hace olvidar que el Patrimonio era otra cosa distinta a aquella que hoy vemos y apreciamos. Lo que ahora llamamos “patrimonio”, en su contexto de formación eran materiales e ideas de la vida social a través de los cuales los humanos vivían en el mundo y se relacionaban con éste y entre ellos. Es el aprecio posterior, relacionado con la constitución de la tradición, con la memoria de los grupos que reconocen y usan esos objetos culturales, lo que convierte a éstos en Patrimonio. Esta realidad del Patrimonio sitúa a la gente y al público enteramente dentro de aquél, y no como espectadores pasivos, sino como agentes que co-participan en los procesos de definición y uso del Patrimonio. El Patrimonio, por lo tanto, es público o no es nada.

---

Esto supone promover en todo momento el empoderamiento del Patrimonio por el público. Y eso implica activamente la necesidad de incorporar a aquél en el proceso de investigación y de transferirle sus resultados. La “divulgación” es el dispositivo a través del cual se puede hacer esto.

Anaina nace como un instrumento para cumplir con las determinaciones que una comprensión pública de la ciencia y el patrimonio nos imponen. Anaina en gallego significa mecer, acunar, abrigar, dar cariño. Es un término en parte en desuso y es, él mismo, patrimonio.

Anaina nace en el Instituto de Ciencias del Patrimonio (con Incipit como acrónimo), un instituto de investigación creado en enero de 2010 por el CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) y que se pone en marcha coincidiendo con el lanzamiento de esta nueva serie, coincidencia que de paso adjetiva el sentido y ambición del nuevo instituto. El Incipit tiene su sede en Santiago de Compostela, ciudad que es patrimonio de la humanidad, y su misión es hacer investigación fundamental sobre el Patrimonio para contribuir a la comprensión de los procesos que lo producen y orientar la acción práctica sobre él y su mejor uso en los procesos sociales actuales. Se crea a partir de la integración en el mismo del Laboratorio de Patrimonio (LaPa), unidad de investigación del CSIC anteriormente radicada en el IEGPS, que a su vez incorporó en el año 2009 al anterior Laboratorio de Arqueología del Paisaje. Las investigaciones en Patrimonio, espacio, paisajes ..., heredadas de estas realidades previas y combinadas con nuevas preocupaciones sobre memoria, materialidades, semántica..., destilan los contenidos que incumben a Anaina.

De este modo, Anaina se alinea plenamente con el proyecto científico y planteamientos prácticos de este nuevo instituto. La serie está dirigida al público en general, aunque sus títulos también puedan orientarse a sectores más específicos (público infantil, material didáctico

para usos escolares, etc.). Nuestra idea es acoger en ella material divulgativo generado a partir de proyectos de investigación del Incipit, catálogos de exposiciones, unidades didácticas para uso escolar, etc..., además de material procedente de otras fuentes y autorías, procedan de grupos de investigación, empresas privadas u organismos vinculados al estudio, gestión y difusión del Patrimonio Cultural. La elección de un formato electrónico está alineada con los objetivos de la serie, ya que con ello queremos potenciar la oferta de resultados científicos en acceso abierto, en coherencia con las actuales políticas públicas de investigación, facilitar la distribución de la misma y explorar la potencia de formatos independizados del papel, aunque puedan ser asimismo impresos.

No podía haber mejor trabajo para iniciar la serie que este volumen, que es resultado de los proyectos de investigación que el anterior LaPa ha desarrollado en Uruguay en colaboración con la Universidad de la República y otros agentes públicos y sociales. Es resultado de un proyecto que en gran medida se puede clasificar como de arqueología en comunidad, que pone a ésta (y no sólo a su Patrimonio) en el centro de la investigación, que no habla sólo de arqueología, y ni siquiera de Patrimonio, sino de muchas más cosas, que aplica una aproximación que va más allá de la interdisciplinariedad, maximiza la transversalidad y está determinada por el objeto de investigación que se plantea. Por su orientación, pero también por su formato innovador y calidad formal, materializa perfectamente el ideario de Anaina. Y nos llevan a preguntarnos qué vendrá luego.

En algún lugar del Atlántico, 23 de octubre de 2010

**Felipe Criado-Boado (director del Incipit)**







## Una introducción a las Huellas de la Memoria

---

Uno no sabe si lo que aquí se presenta, o se introduce, es el resultado final de un proceso, el objetivo primero, o un eslabón más de una cadena que no tiene principio ni fin.

Difusión, diseminación o divulgación son términos que se revelan estrechos y obsoletos para calificar este volumen y el trabajo que lo materializa. Siendo éste el primer número de una nueva serie de divulgación, podría pensarse que el objeto es acercar el patrimonio cultural a la gente. Sin ser esto falso, lo cierto es que este volumen nos muestra que el patrimonio cultural es la gente, la imagen y representación que ésta tiene de sí misma, de su entorno y de sus propias vivencias.

La antropología ha jugado y juega, en el marco de los proyectos que el equipo de trabajo artífice de este volumen desarrollan en Uruguay desde hace mucho tiempo, un papel catalizador. La presencia de los científicos en un contexto, un espacio y una comunidad permitió aflorar durante todos estos años una riqueza que permanecía oculta hasta para sus mismos creadores. La riqueza de la identidad y la estima hacia lo propio, y la riqueza de (re)generar unas raíces perdidas en el torbellino de la modernización. La riqueza de crear una nueva conexión, la del sentido de lugar de los habitantes actuales del norte uruguayo con el de los anteriores.

Cuando quizás sea demasiado tarde para hablar de antepasados ni de pasados míticos, porque apenas hay rastro de ellos, el trabajo de la arqueología y la antropología es triple. Ambas disciplinas tienen que

rastrear esa presencia pretérita, valga la paradoja, a través de sus huellas materiales y monumentales, reconstruyendo las huellas de un olvido. Y en esas raíces recobradas tienen que injertar la vida que sigue, conectar las vivencias del presente con el pasado dotando al paisaje en que transcurren de profundidad y espesor histórico, resignificándolo. Y, además, tienen que documentar, e incluso recuperar prácticas y creencias relacionadas con otros modos de habitación y significación del espacio, en retroceso frente a unos modos modernos que hacen valer su eficacia en el marco de los valores hegemónicos.

En este contexto, ese triple esfuerzo trenza la historia, la vida y la tradición en una misma dirección: la de fortalecer los vínculos de pertenencia a un lugar, a una sociedad, mediante la inyección de sentido, de manera que las formas del pasado, la cultura material, los usos, las costumbres y los valores se constituyan en patrimonio cultural, en riqueza, como resultado de una construcción participativa y comunitaria de ese bien colectivo, y esto le confiere un valor único: la de ser el producto de los saberes y haceres de la gente, de la que ya estaba allí, pero también de la recién llegada, con sus grabadoras, sus tecnologías y su extraño medio de vida.

Esa gente recién llegada, el equipo de antropólogos y arqueólogos que llevó a cabo este trabajo, ha sido, por lo tanto, parte indispensable de este proceso, con mucho esfuerzo y dedicación, y con una filosofía de trabajo muy clara: el patrimonio cultural no es sólo para la gente; somos la gente.

**David Barreiro Martínez**